

Viaje al paraíso de la memoria

Diario de invierno, de Paul Auster, es un puzzle autobiográfico que alterna páginas anodinas con episodios de alta graduación emocional y evocaciones soberbias, capaces de enaltecer cualquier momento insignificante de la vida cotidiana

Diario de invierno / Diari d'hivern

Paul Auster
Traducción de Benito Gómez Ibáñez /
Albert Nolla
Anagrama / Edicions 62. Barcelona, 2012
243 / 192 páginas. 18,90 euros
(electrónico: 10,99)

Por Javier Aparicio Maydeu

SIGUIENDO LA estela elegíaca o nostálgica de otras aventuras otoñales de grandes narradores contemporáneos en busca de la propia identidad y liberados a través de la confesión ficcional, —*Pelando la cebolla* o *La caja de los deseos* de Günter Grass, *Hombre lento* de Coetzee, *Elegía* de Philip Roth, *Se está haciendo cada vez más tarde* de Tabucchi, *Calle de las tiendas oscuras* de Modiano—, *Diario de invierno* completa, con impudor, ironía e introspección elevada a la enésima potencia las tentativas autobiográficas que Paul Auster inició con *El cuaderno rojo* (1993) y *A salto de mata. Crónica de un fracaso precoz* (1997) y que trazan la *vida de este chico* judío y cosmopolita pero sumamente americano que, como Nabokov, Henry Roth o Richard Ford, quiso también compartir con sus lectores una versión novelada de su *verdadera vida*, una *historia verdadera* como la que proclamaba en *El cuaderno rojo*. La sofisticada retórica de la segunda persona elegida por el autor de *Leviatán* controla un discurso monológico que formalmente quiere presentarse, literalmente (y literariamente), como un diálogo de Auster consigo mismo, pieza teatral en un acto en el que Mr. Auster recuerda a Paul desde su tierna infancia en Nueva Jersey hasta su vida feliz con Siri Hustvedt en su residencia de Brooklyn, un desdoblamiento al parecer inevitable a juzgar por lo que el propio Auster escribió en *Experimentos con la verdad*, a saber, que “en el proceso de escribir o pensar sobre uno mismo, uno se convierte en otro”. Y *Diario de invierno*, su esmerado autorretrato con retoques, como los de Beckmann, Hockney o Lucian Freud, en ocasiones un diario personal consigo mismo por persona interpuesta y por momentos unas memorias en toda regla, podría verse con las mismas lentes con las que Auster observó que su novela *La invención de la soledad* no respondía a una autobiografía propiamente dicha, sino a “una reflexión sobre ciertas cuestiones, conmigo como personaje central”. ¿Qué cuestiones son las que se abordan aquí? Su condición judía, su condición cosmopolita (un trotamundos de Nueva York a Nueva York con escalas en medio



Paul Auster (Newark, Nueva Jersey, 1947), fotografiado en 1988 en Nueva York. Foto: Ulf Andersen / Getty Images



mundo y años de trasterrado en París como un rezagado escritor bohemio de la Generación Perdida de Dos Passos), su condición humana (la sexualidad adolescente,

retratada aquí de forma convencional, sin que el talento venza al tópico; la pertenencia a un árbol genealógico de cuyas ramas cuelga un asesinato; la tristeza por la pérdida de los progenitores; su educación sentimental, la felicidad conyugal y paterna, la conciencia de la decrepitud física), su condición de inquilino de veintuna sedes inmobiliarias listadas y descritas *à la mode* de Perec, como *especies de espacios*, y su condición de escritor, esto es, de lector, que ya avanzó en *A salto de mata* y en su novela alegórica *Viajes por el Scriptorium*, y que se encarna en su máquina de escribir Olimpia, su tesis con Edward Said o sus novelas de éxito. Al fondo se percibe su condición política, de izquierdas, *of course* (lo que sea que signifique eso para el Tío Sam).

Bienvenidos al paraíso de la memoria afectiva de la mano de esa bendita impostura literaria que juega a las cartas con la verdad y acaba siempre vencéndola. *Dia-*

rio de invierno (o ¿Quién soy yo? Segunda parte. Crónica de un éxito atroz) es un puzzle sentimental que alterna algunas páginas anodinas con episodios de alta graduación emocional y evocaciones soberbias, capaces de enaltecer cualquier momento insignificante de la vida cotidiana. Es el libro de las ilusiones y los desencuentros. Es el libro de la vida de un hombre, pero admitamos que es sobre todo el libro de la vida de un escritor, capaz de crear un mundo entero de sensaciones alrededor de un retrete atascado o del cuerpo de una madre muerta, el libro de una persona “precaria y dolida, un hombre que lleva una herida en su interior desde el principio mismo, ¿por qué, si no, te has pasado toda tu vida adulta vertiendo palabras como sangre en una hoja de papel?”.

Ahora “has entrado en el invierno de tu vida”, Paul, se dice Mr. Auster. Por eso te inquieta esa herida y rastreas aquí su origen. •

La identidad en el laberinto

la máquina de hacer españoles

valter hugo mãe
Traducción de María José Arregui
Alfaguara. Madrid, 2012
304 páginas. 18,50 euros (electrónico: 9,99)

Por Antonio Sáez Delgado

VALTER HUGO MÃE, quizás el más interesante de los escritores portugueses recientes, poeta y narrador, vocalista del grupo Governo y artista plástico, pone con *la máquina de hacer españoles* fin a la tetralogía que comenzó en 2004 con *o nosso reino*, y de la que forman también parte *o remorso de baltazar serapião* (2006) y *el apocalipsis de los trabajadores* (2008, traducida en nuestro país en 2011). Un cuarteto de novelas escritas siempre en minúsculas y que dibujan un

recorrido sobre el tiempo de la vida humana, desde la infancia hasta la vejez, a través de diferentes personajes y escenarios.

la máquina de hacer españoles, una narración emocionante y turbadora a partes iguales, marca el punto final de este trayecto, con personajes ancianos, al borde de la muerte, que conviven en una residencia asistida en la que forman parte de una realidad fantasmal y delirante. Porque las novelas de valter hugo mãe toman con frecuencia como personajes a ciudadanos anónimos, desterrados o perdedores para convertirlos en los héroes humildes de unas páginas con una dimensión ética notable y que revelan una historia mucho más importante, la de la sociedad en la que viven, la del país al que pertenecen.

En ese sentido, *la máquina de hacer españoles* es una radiografía lúcida y certe-

ra, trágica y divertida al mismo tiempo, de la sociedad portuguesa, arrastrada por el autor a la necesidad de mirarse en su propia geografía mítica: “durante mucho tiempo, Portugal fue un país cuyos hijos nacieron en francia” (página 93) o “Portugal aún va a ser una máquina de hacer españoles” (página 197). En ese difícil equilibrio entre un pasado marcado por la emigración y un presente continuamente fustigado por la tentación de añorar al vecino más fuerte (y también al más odiado) se sitúa esta excelente novela, que ahonda en la compleja identidad de un país, Portugal, que sufre de “hiperidentidad”, en palabras de Eduardo Lourenço, pero que constantemente duda de su propia capacidad de futuro, resignándose a construir un pasado elegíaco bajo la forma de la saudade. valter hugo mãe se adentra con éxito

en este laberinto, cargado con las armas que le son más propias: la sensibilidad y la ironía, y construye una fábula sobre la identidad que es, a su vez, también una reflexión sobre el amor y el valor de la amistad, sobre la libertad, la locura, la piedad o la muerte como espías rendidos ante la posibilidad de celebrar en la vejez un pasado que nos enseña que el paso del tiempo no es lineal, que juega con los personajes (y con el deslumbrado lector) gracias a la salvación que supone su propia senilidad. Así, se dan cita en esta novela, todos bajo el techo de la residencia de ancianos, personajes de poemas de Fernando Pessoa, resistentes de la dictadura salazarista, una virgen de Fátima con piezas de quita y pon y el imaginario futbolístico portugués, teñido de presión política. Todo ello con el trasfondo biográfico de la muerte del padre del autor, al que homenajea en este libro conmovedor que nos hace constantemente sonreír, una de las mejores novelas publicadas en Portugal en los últimos años. •